

OLIVER PÖTZSCH

EL SEPULTURERO Y LA TIERRA NEGRA

Crimen, expolio y superstición en el Egipto de 1894



OLIVER PÖTZSCH

EL SEPULTURERO
Y LA TIERRA NEGRA

Traducción de Héctor Piquer Minguijón

 Planeta

Título original: *Das Mädchen und der Totengräber*

© by Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 2022 by Ullstein Paperback Verlag

© por la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27306-6

Depósito legal: B. 6.289-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

*Dos años después, una noche de mediados de mayo de 1894
en el distrito duodécimo de Viena*

—Uno, dos, tres... ¡Ahora!

La mezcla de magnesio, clorato de potasio y antimonio de azufre se encendió provocando un fuerte estallido seguido de un borboteo y una humareda. Por un instante, una claridad ultraterrenal invadió el sombrío cobertizo formando un aura brillante, casi circular, una campana de luz. A Julia le seguía pareciendo un milagro, pero sabía que ese milagro no era más que una reacción química. Simple tecnología moderna, como la cámara fotográfica que tenía en sus manos, una Goldmann que había costado una fortuna, provista de objetivo gran angular y trípode. Había pulsado el disparador en el mismo momento en que dio la orden de encender la pólvora al medroso guardia que tenía al lado. El diafragma se había abierto y la luz había incidido sobre la placa recubierta de bromuro de plata, situada en el lado opuesto del objetivo, y en la que había quedado plasmada la escena: ventanas llenas de telarañas, bidones de tinte esparcidos por un suelo de lodo pisoteado, numerosos fragmentos de vidrio y botellas rotas en los estantes, la sangre estampada en negro sobre la placa fotográfica... y, sobre todo, un muchacho que yacía bocarriba delante de la fotógrafa, con los brazos ex-

tendidos y los ojos abiertos de pánico, casi como un Cristo Redentor.

Solo que este redentor del distrito duodécimo iba desnudo de cintura para abajo y estaba algo más que solamente circuncidado.

—Menuda guarrada —refunfuñó el inspector Erich Loibl—. Esto es peor que el matadero de Sankt Marx. Bueno, aquí huele mejor.

El cobertizo en el que se encontraban pertenecía a una fábrica de tintes. Un débil aroma cáustico de blanqueante procedente de los bidones de hojalata esparcidos por el suelo impregnaba la atmósfera.

En silencio, Julia desenroscó la cámara del trípode tratando de no temblar demasiado. Sabía que estaba siendo observada concienzudamente por la media docena de hombres que había en el lugar. En una de sus primeras misiones, un crimen pasional en el distrito décimo, había vomitado. El agresor había golpeado a su esposa con un martillo hasta matarla y el arma homicida seguía clavada en el cráneo de la víctima. Entonces ya se decía que las mujeres no servían para ese tipo de trabajo policial porque eran demasiado sensibles y lloricas. Dos guardias con experiencia también habían vomitado en aquella ocasión, pero a ella no le dejaban pasar ni una.

—Ya ha terminado, ¿verdad? —preguntó Loibl, que se encontraba justo detrás de Julia. Su mirada tibia recorría aburrída la estancia. A pesar del hedor reinante, Julia notó que el inspector de servicio desprendía un ligero tufo a alcohol. Era de suponer que habían localizado a Loibl en algún tugurio, donde ya habría llegado borracho después de su jornada laboral y adonde parecía que quería volver lo antes posible.

—Me gustaría sacar algunos primeros planos más —respondió Julia. Cambió el objetivo y se puso en cuclillas, consciente

de que algunos de los hombres le estarían mirando el trasero. Ajustó la distancia en el lado posterior de la cámara y se volvió hacia el guardia que seguía manejando el extraño instrumento: una pera infladora de caucho provista de un tubo flexible unido a una vela encendida y un pequeño espejo de bolsillo que servía de reflector. Ella misma se había fabricado el artilugio que hacía de antorcha—. ¿Preparado?

El guardia asintió de mala gana y volvió a apretar la pera infladora. De nuevo se escuchó un borboteo y se levantó la consiguiente humareda cuando la fina nubecilla de mezcla explosiva alcanzó la llama de la vela. Una luz blanca resplandeciente iluminó el cadáver por unos instantes.

El muerto no tenía más de diecisiete o dieciocho años y vestía una camisa hecha jirones y repleta de agujeros, húmeda y teñida de rojo por la sangre, bajo la cual se distinguían al menos una docena de heridas de cuchillo. El joven había sido apuñalado como una rata. La mirada de Julia recorrió el bajo vientre desnudo del cadáver. El exceso de sangre no dejaba ver mucho, pero estaba claro que al chico le faltaba algo muy importante. En la zona donde debía estar el escroto había un hueco en la carne, y el pene también había sido amputado; en su lugar apenas se apreciaban algunos tendones colgando.

Julia sintió náuseas. Se volvió hacia un lado y depositó la cámara en el suelo. Mientras lo hacía, podía prácticamente sentir cómo los guardias la escudriñaban con la mirada atenta y voraz de un depredador. Con las prisas no se había cambiado de ropa y aún llevaba el vestido de noche ajustado de color verde lima, apenas cubierto con un fino abrigo. En realidad, su intención había sido salir con Leo ese sábado, víspera de Pentecostés, pero todo apuntaba a que eso ya no sucedería.

—¿Todo bien, señorita Wolf? —preguntó Loibl con un fingido tono de interés—. ¿Tiene suficientes fotografías?

—Ya lo avisaré cuando haya terminado. Antorcha, por favor. El estallido, el borboteo y la humareda se repitieron tres veces más antes de que Julia se diera al fin por satisfecha.

—Creo que con esto ya estaríamos —asintió fingiendo cortesía mientras guardaba la cámara Goldmann en su estuche de madera—. Por el amor de Dios, ¿quién puede ser capaz de cometer semejante atrocidad? —murmuró, más para sí misma—. ¿Y por qué?

—Si no fuera usted mujer, lo sabría. Un hombre sin picha ni pelotas ya no puede llamarse hombre —sentenció Loibl desplazándose el bombín hacia la nuca. Visiblemente asqueado, señaló el cadáver iluminado por el resplandor parpadeante de las lámparas de queroseno—. Fíjese en esta ricura de jovencito. No cabe duda de que es un chapero. Todo apunta a que salió de caza por donde no debía, y es muy probable que no fue la primera vez. Y algún macarra de los que mandan se ha asegurado de que eso no se repita, y de que a nadie más se le ocurra hacer lo mismo. —Señaló los cristales rotos y los bidones caídos—. Lo pillan en la calle, lo arrastran hasta aquí y se acabó el menear el culo. El negocio del amor no es fácil. En el Prater se consiguen mozalbetes por cuatro cuartos, algunos ni siquiera han cumplido los catorce años. Tal vez este joven quería independizarse y su chulo se oponía. Supongo que nunca lo sabremos con seguridad.

—¿Entonces es un aviso para otros chaperos? —preguntó Julia—. Mmm...

Volvió a mirar al muerto, que tenía un rostro atractivo, casi femenino. En ese momento se dio cuenta de que el cadáver llevaba un poco de colorete en las mejillas y tenía los labios embadurnados de carmín, una nueva moda que había popularizado la diva del teatro Sarah Bernhardt. El joven parecía un muñeco roto del que se habían deshecho tirándolo a la basura.

—Un aviso bastante eficaz, créame —respondió Loibl—. Vi algo parecido en el barrio de Leopoldstadt, junto al Prater, hace ya mucho tiempo. La cuestión es si al joven le segaron sus sacrosantas partes antes de ser apuñalado o después. No es una visión agradable, lo admito, pero no es más repugnante que ver a dos hombres follando como perros. ¿O qué piensa usted, señorita? —añadió el inspector guiñándole un ojo.

—Como acaba de decir, usted es un hombre y seguro que tiene más experiencia al respecto —le espetó Julia, que comenzó a recoger sus placas fotográficas.

El ruinoso cobertizo estaba en Meidling, el distrito duodécimo. Si se aguzaba el oído, se podía escuchar el murmullo del río Viena, en cuyo cauce se vertían las sustancias corrosivas de la fábrica de tintes que había justo detrás de la casa; dependiendo del día, las aguas podían bajar rojas como la sangre. La zona no estaba exenta de peligros: era un barrio obrero plagado de talleres, fábricas y curtidurías venidas a menos, y lúgubres edificios de viviendas de alquiler cuyos inquilinos malvivían hacinados en cuchitriles. Uno de los vecinos había oído un ruido y había salido a comprobar si todo estaba en orden. Apenas media hora después habían llegado los guardias y el inspector Loibl de la Oficina de Seguridad de Viena.

Julia había acudido poco después. La habían avisado por teléfono justo cuando, ya arreglada para salir, estaba cenando con su hija Sisi. Besó entonces a la pequeña, la dejó en los brazos de la Gorda Elli y salió a toda prisa cargando con la cámara y el trípode.

Si hubiera sabido lo que le esperaba, habría prescindido de la cena.

—¿Cuándo tendremos las fotografías? —preguntó Loibl sin dejar de mordisquear con aburrimiento un mondadientes. Era uno de los pocos agentes de la Jefatura de Policía de Viena que

no fumaba como un carretero. Lucía un poblado bigote de morosa y era delgaducho como un rodrigón, todo lo contrario que su superior inmediato, el inspector jefe Paul Leinkirchner, un fornido sabueso de la Jefatura. Julia se sintió aliviada de que fuera Loibl quien estuviera en el escenario del crimen, ya que Leinkirchner habría notado el más mínimo temblor en ella y la habría puesto en evidencia ante los demás. Loibl, en cambio, era incluso bondadoso.

—El lunes le traeré las imágenes, ¿le parece bien? —propuso Julia.

—Supongo que sí —asintió el inspector—. A decir verdad, el caso está claro —añadió pasándose el mondadientes de una comisura a la otra—. De todos modos, no entiendo esta repentina costumbre de querer tenerlo todo fotografiado. ¡Como si nos sobrara sitio en los archivos! Enviaré a algunos hombres a la zona, seguro que algún chaperito se irá de la lengua. Esos maricones hablan más que una tertulia de comadres en el Café Sperl —dijo soltando una carcajada que casi le hace tragarse el mondadientes.

Julia no dijo nada, plegó el trípode de madera de fresno y lo metió en su correspondiente bolsa de tela. Evitó entrar al trapo con el inspector porque no quería poner en peligro su puesto de trabajo. Necesitaba el dinero, sobre todo para Sisi, cuya medicación costaba un dineral.

Se alisó el vestido, se enderezó el sombrero y cargó con el trípode y el maletín. Después de echar un último vistazo al maltrecho cadáver, se dirigió a Loibl:

—Si ya no me necesita para nada más...

El inspector, que estaba dando instrucciones a un guardia vestido con guerrera verde oscuro, levantó por un momento la vista hacia ella:

—No, eso es todo, señorita Wolf. Estamos esperando al juez

de instrucción. Ahora empieza el trabajo de verdad, que es cosa de hombres.

Julia caminaba hacia la salida cuando Loibl, con la mirada puesta en el vestido de noche de la joven, todavía le dedicó unas últimas palabras:

—Ah, y no olvide ponerse un poco de colorete antes de acudir a su cita. Se ve un poco pálida alrededor de la nariz. Que pase buena noche.

Algunos de los hombres allí presentes se rieron y Julia salió del cobertizo en silencio.

En el exterior ya había oscurecido, debían de ser casi las ocho de la tarde. El aire era cálido, e incluso allí, en Meidling, cerca de la cloaca de Viena, donde apestaba a lejía y barniz, se oía la llegada del verano.

«Un verano que el joven que yace ahí dentro ya no disfrutará», pensó Julia, y recordó lo que Loibl había dicho hacía un rato: «La cuestión es si al joven le segaron sus sacrosantas partes antes de ser apuñalado o después...».

A pesar de la cálida brisa, notó un escalofrío. Tal vez no fuera demasiado tarde para quedar con Leo. Por lo menos, eso le haría pensar en otra cosa.

Un tranvía tirado por caballos se aproximaba tintineando. Julia esperó a que el vagón se detuviera y se subió cargando con la maleta y el trípode. Entre la multitud sudorosa y visiblemente agotada tras un día de trabajo, la joven se agarró al asidero, cerró los ojos e intentó pensar solo en su hija. Con toda probabilidad Sisi ya dormía profundamente y soñaba con algo hermoso.

Julia sospechó que sus propios sueños no serían tan hermosos esa noche.

Cansado, Leo se frotó los ojos y se esforzó por descifrar sus notas manuscritas a través de la densa humareda de puro.

—La sangre, apreciados colegas, no suele ser como la describen los escritores en las novelas policíacas baratas —prosiguió su disertación tratando de parecer más despierto de lo que en realidad estaba—. Como decía el bueno de Goethe, la sangre es un humor muy especial. Como es posible que sepan por propia experiencia, puede adoptar cualquier color imaginable, dependiendo del grado de sequedad. Del ocre y el marrón hasta el verde amarillento...

Se aclaró la garganta y levantó la mirada. Las dos lámparas de gas que colgaban del techo revestido de madera a duras penas se distinguían entre el humo del tabaco. Al observar las dos docenas de agentes de policía que tenía delante, Leo dudó de repente de que aquellos colegas hubieran visto alguna vez sangre de verdad. La mayoría eran todavía bastante jóvenes, se habían graduado en la facultad de Derecho el año anterior y hacía poco que habían ingresado en la Jefatura de Policía de Viena como agentes primerizos. Daba la impresión de que todos venían de buena familia y que sabían mucho más de carreras de caballos, mujeres y puros caros que de asesinatos y homicidios: los típicos niños malcriados que tienen un padre académico, pensó Leo.

«Como yo, solo que yo sí sé de asesinatos y homicidios.»

—A menudo intentan lavar a conciencia el arma homicida, pero la sangre se queda incrustada en rincones inaccesibles —prosiguió sus explicaciones. De su atril sacó uno de los objetos que había ido a buscar previamente al depósito de objetos probatorios—. Con esta navaja, un carnicero del distrito decimosexto apuñaló a un compañero de gremio en una pelea durante la pausa para comer. Después limpió el arma con cuidado, pero cuando los peritos la examinaron, encontraron pequeños restos de

sangre bajo la madera de las cachas del mango. Entonces, el hombre confesó. A partir de las salpicaduras en una pared también es fácil determinar si se trata de sangre arterial o venosa, así como el lugar donde ha quedado tendido un cadáver...

Alguien se rio entre dientes y Leo dejó de hablar. En la última fila, un joven acababa de pasarle una nota a otro.

—¿Se puede saber qué les hace tanta gracia de mi disertación sobre la sangre? —preguntó Leo.

El interpelado, un muchacho de cabello rubio trigüeño con una herida recién cicatrizada en la mejilla, hizo desaparecer velozmente la nota por debajo del banco.

—Disculpe —murmuró el joven—, no es importante.

—Muy bien. Pues si no es importante, supongo que no tendrá inconveniente en acercarse hasta aquí y ayudarme con el ejercicio práctico de la prueba —sugirió Leo haciendo un gesto de invitación con la mano. Entre las risitas maliciosas de los compañeros, el joven agente se dirigió al atril. De manera instintiva, Leo advirtió que estaba actuando igual que los seniles profesores de su época de estudiante de Derecho en Graz. ¡Hasta ese extremo había llegado!

Respiró profundamente. Desde el principio había pensado que organizar esa conferencia era una idea absurda, pero fue el propio jefe superior de policía Moritz Stukart, flamante responsable de la Oficina de Seguridad de Viena, quien le había pedido en persona que la diera. Hacía poco más de medio año que Hans Gross, juez de instrucción de Graz y antiguo mentor de Leo, había visitado Viena para ofrecer una serie de conferencias en la Jefatura. Su recién publicado *Manual del juez* era un hito de la criminalística moderna, pero, por lo visto, en Viena no había calado tan hondo. Quizá tuviera que ver con la manera monótona, incluso soporífera, con la que Gross solía dar sus charlas. El jefe superior Stukart esperaba de Leo algo más de chispa.

«Pues me temo que no lo estoy consiguiendo», pensó Leo.

Mientras el rubio de la cicatriz deambulaba con parsimonia entre las filas de mesas, Leo echó un vistazo a la estancia alargada. Stukart le había asignado la sala V.3.1., en la tercera planta, donde tenían lugar las reuniones más importantes durante el día. Las dos docenas de participantes habían llenado la sala hasta los topes. Algunos estaban sentados en grupos de cuatro alrededor de las pequeñas y tambaleantes mesas. Además, la humedad de tabaco apenas dejaba ver y menos aún respirar. Leo contó un total de seis ceniceros rebosantes. A ello se añadía que eran más de las ocho de la tarde y, encima, de un sábado. Incluso a él le costaba reprimir los bostezos. Había sido un día muy largo para los jóvenes colegas y lo único que querían era beber, irse de fiesta, salir a bailar con sus novias... y no escuchar las extravagantes disertaciones de un sabelotodo de Graz al que nadie conocía y que, además, hablaba como un alemanote.

—Observe esta hacha —dijo Leo cuando el joven colega llegó por fin al atril. Le entregó la herramienta y prosiguió—: A primera vista parece limpia, ¿o ve alguna mancha en alguna parte?

El muchacho volteó el hacha varias veces y señaló finalmente un pequeño punto en el filo.

—Aquí —respondió con desgana.

—¿Y si fuera óxido en vez de sangre? —apuntó Leo.

—Mmm... —El joven cabeceó—. Bueno, entonces no sé...

—Querido colega, por sus estudios de Derecho debería saber que, gracias a la prueba Van Deenschen, ahora es posible analizar la sangre a pesar de que esta haya envejecido y esté reseca. Sabemos que el pigmento sanguíneo conocido como hemoglobina...

Leo interrumpió sus explicaciones cuando la puerta se abrió y otro visitante hizo acto de presencia en la sala. Para su sorpre-

sa, se trataba del inspector jefe Paul Leinkirchner, su superior. Leinkirchner encajó el robusto cuerpo en uno de los últimos asientos que quedaban libres y dirigió a Leo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Prosiga, señor Von Herzfeldt —gruñó—. Soy todo oídos.

—Eh... que la hemoglobina tiene la... la capacidad de fijar el oxígeno —tartamudeó Leo, que no sabía cómo interpretar la repentina aparición de Leinkirchner—. Una serie de experimentos realizados con la planta del guayaco, originaria de las Indias Occidentales, han demostrado que los extractos de este vegetal se tiñen de azul al entrar en contacto con la sangre y...

—¿Con la sangre de qué? —interrumpió súbitamente Leinkirchner, reclinándose con despreocupación mientras jugueteaba con la cadena de plata del reloj de bolsillo que caía sobre su chaleco.

—¿Perdón? —titubeó Leo.

—Pues eso, que con la sangre *de qué* —puntualizó Leinkirchner señalando el hacha que el joven sostenía con sus manos—. Eso es una macheta de carnicero. ¿Cómo pretende descartar que no se trata de la sangre de un ternero o un lechal? ¿O en ese caso también se consideraría un asesinato? Pero no era mi intención interrumpirlo en su argumentación probatoria, estimado colega. Continúe.

Algunos de los jóvenes rieron entre dientes y Leo se mordió los labios. Leinkirchner había dado justo en el clavo. Ciertamente, ya era posible diferenciar con claridad entre la sangre y otras sustancias como el óxido, el moho o la saliva impregnada de tabaco de mascar, pero todavía no había forma de averiguar con exactitud de qué ser vivo procedía. Podía ser la sangre de un ser humano, pero también la de otro mamífero, o incluso la de un ave.

—La diferencia reside en el tamaño de las células sanguíneas

—aventuró Leo alineando sus notas—. Si la sangre es fresca, sería posible encontrar algún indicio de origen humano. Examinando a través del microscopio...

—Pero no es sangre fresca. ¿O acaso no lo acaba de decir? Es vieja y está reseca. Eso me pareció escuchar antes de entrar —interrumpió Leinkirchner antes de encenderse un puro y darle unas caladas con fruición.

Leo tenía cada vez más la impresión de que su jefe solo había acudido para sabotear su conferencia. Además, había estado escuchando a escondidas.

«Típico de él, a ver con qué me sale ahora...»

—Estoy convencido de que estamos a punto de lograr grandes avances en el campo del análisis hematológico —se limitó a puntualizar Leo—, y pronto podremos diferenciar la sangre animal de la humana con absoluta certeza. Quién sabe, quizá algún día hasta podamos distinguir la sangre de una persona de la de otra.

—Oh, lo que es seguro es que su sangre y la de los suyos no es la misma que la que corre por nuestras venas —soltó Leinkirchner.

—¿A qué se refiere, inspector jefe? —preguntó Leo sobresaltado.

—Saque usted sus propias conclusiones, señor Von Herzfeldt. Al fin y al cabo, es usted un criminalista muy perspicaz.

Un silencio gélido invadió la sala. Leo se percató de las sonrisas furtivas que esbozaban algunos de los compañeros, entre ellos el rubio de la cicatriz, que seguía de pie frente al atril sosteniendo el hacha y mirando fijamente las puntas de sus zapatos. Era bastante obvio lo que Leinkirchner había querido decir con sus palabras. Leo lo sabía, al igual que todos los jóvenes presentes en la sala.

Estaba a punto de responder cuando el inspector jefe abrió la tapa de su reloj de bolsillo.

—Las ocho pasadas. Creo que debería continuar su conferencia otro día, Herzfeldt. De todos modos, he venido a recogerle.

—¿Recogerme? ¿Para qué? —preguntó Leo con voz temblorosa, aunque sabía que no debía ponerse en evidencia delante de los jóvenes aprendices de inspector, pues tenía las de perder.

—El jefe superior Stukart quiere vernos a los dos —contestó Leinkirchner.

—¿Ahora? —replicó Leo extrañado.

—Viena no descansa, siempre hay algún homicidio que investigar —sentenció Paul Leinkirchner, que se levantó y se dirigió a la salida—. Ah, y deje el hacha aquí, Herzfeldt, no sea que ocurra otra desgracia.

Mientras seguía al inspector jefe y pasaba junto a los jóvenes compañeros, que sonreían con malicia, Leo fijó la mirada en uno de los bancos del fondo. Allí vio el trozo de papel que el joven rubio de la cicatriz había hecho circular. Era como si lo hubiera dejado allí a propósito. La nota mostraba, con trazos torpes y apresurados, su caricatura.

Con una enorme nariz ganchuda.

En el pasillo ambos caminaron en silencio. Leinkirchner iba unos pasos por delante, de manera que Leo podía contemplar a su superior desde atrás sin que se le escapara ni un detalle. El inspector jefe era un tipo robusto, calvo y ancho de espaldas. Ya en el ecuador de la cuarentena, era un profesional experimentado que, procedente de un entorno humilde, había logrado abrirse camino hasta el puesto de inspector jefe en la famosa Oficina de Seguridad de Viena. Cojeaba un poco, lo que convertía sus andares en una especie de arrastrar de pies malhumorado. A Leinkirchner no le gustó Leo desde el primer día, seguramente porque era todo lo contrario que él: joven, elegante, bien ves-

tido..., un sabelotodo de Graz que, encima, hablaba alemán central. Él, en cambio, con su abrigo holgado y una cicatriz mal curada en la mejilla, casi parecía un delincuente. Por ello resultaba tanto más sorprendente que hubiera incorporado a Leo a su departamento seis meses atrás. Lo cierto era que había días en que los dos, ambos expertos en su oficio, colaboraban con profesionalidad. Pero siempre volvían a enzarzarse en escenas desagradables como la que acababan de protagonizar.

Entretanto ya habían llegado a la otra punta del largo pasillo. El despacho de Stukart se encontraba al final, a mano derecha. Un letrero esmaltado en la puerta hacía saber al visitante con quién estaba tratando:

MORITZ STUKART, JEFE SUPERIOR DE POLICÍA,
DIRECTOR DE LA SECCIÓN II, OFICINA DE SEGURIDAD

Para no pocos compañeros, Stukart estaba justo por debajo del director general de la policía de Viena y, por consiguiente, por encima de Dios. Incluso había quien afirmaba que a Stukart le importaba muy poco que por *debajo* de él estuviera el director general o Dios. Como nuevo responsable de la Oficina de Seguridad, llevaba varios meses siendo el amo y señor del asesinato y el homicidio, y de eso había mucho en Viena.

Leinkirchner tocó la puerta y un enérgico «¡adelante!» sonó en el interior.

Cuando entraron, a Leo le volvió a llamar la atención hasta qué punto el jefe superior había imprimido su propio estilo al despacho y lo había convertido en un modelo de orden y meticulosidad en tan poco tiempo: un gran escritorio ordenado a la perfección, unos archivadores inmaculadamente limpios y un voluminoso e incómodo tresillo sin cojines, eso era todo. Olía a... nada. Ni a humareda de puro, ni a aroma de café, ni a boca-

dillos de salchicha. El despacho de Stukart era igual de aséptico que un quirófano.

El responsable de la Oficina de Seguridad de Viena estaba sentado detrás de su escritorio repasando informes. Frente a él había una docena de lápices alineados con precisión exagerada, como si fueran pequeños soldaditos. Levantó la mirada y apartó los informes.

—Herzfeldt, qué bien que haya podido venir. ¿Cómo ha ido la conferencia?

—Enriquecedora —respondió Leo y miró a Leinkirchner—, para ambas partes.

Stukart asintió satisfecho. Era un defensor de los nuevos métodos y esperaba que Leo los diera a conocer en la Jefatura de Policía de Viena. Una empresa hartó complicada, como el propio Leo acababa de comprobar.

—Pienso que debería hacerlo más a menudo —prosiguió Stukart—. ¡Tenemos que ganarnos a las nuevas generaciones para la criminalística moderna! París y Scotland Yard nos llevan mucha ventaja. —Con uno de los lápices daba golpecitos sobre la mesa, sonaba como si fuera un telégrafo—. ¿Sabía que los compañeros londinenses tienen hasta laboratorio químico y que, desde cualquiera de sus despachos, por pequeño que sea, pueden telefonar a los cinco continentes? Y nosotros aquí, arrastrándonos por el fango.

Moritz Stukart llevaba un chaleco abotonado muy ceñido y una marquesota igual de ajustada al cuello, el fino cabello peinado de lado con brillantina y una raya perfectamente trazada. Por su aspecto, costaba creer que en su juventud había echado el guante a algunos de los más temidos delincuentes vieneses.

—Tomen asiento, caballeros —dijo el jefe superior de policía señalando el tresillo con un gesto de impaciencia. Leo tenía la sospecha creciente de que la noche iba a ser larga. Encima,

había quedado con Julia. ¡Maldita sea! No solo las cosas no marchaban precisamente bien entre ellos, sino que además iba a tener que darle plantón...

—Tengo una misión un tanto delicada para ustedes —comenzó Stukart cuando estuvieron los tres sentados—. Ha aparecido un cadáver en el Museo de Historia del Arte.

—¿En el Museo de Historia del Arte? —preguntó Leinkirchner frunciendo el entrecejo—. ¿Un robo con homicidio, tal vez?

A Leo no le sorprendió tal conjetura. El Museo de Historia del Arte era uno de los edificios más ostentosos de la recién urbanizada Ringstrasse. Al igual que el Museo de Historia Natural —su edificio gemelo—, el de Historia del Arte se había terminado de construir hacía pocos años y ya era un auténtico reclamo para el público. Sus salones albergaban una de las colecciones de arte más importantes del mundo, comparable a la del Louvre, de París, o el Hermitage, de San Petersburgo. ¿Habrían robado algún cuadro o tal vez joyas valiosas de la cámara de arte del museo? ¿Y habrían matado a golpes a alguno de los guardias?

—No, no se trata de ningún robo con homicidio —aclaró Stukart mientras se enortijaba el bigote desrizado con brillantina—. Es un..., bueno, es un poco complicado, por eso los he llamado a los dos. El asunto debe ser tratado con la máxima discreción y bajo ningún concepto debe enterarse la prensa. ¡Sería un escándalo! —Se aclaró la garganta y se incorporó de su silla—. ¿Les suena de algo el nombre de Alfons Strössner?

Leinkirchner permaneció en silencio y Leo dio vueltas a la cabeza. Le parecía haber leído algo sobre él en los periódicos hacía algún tiempo, algo sobre una conferencia en la Universidad de Viena y un viaje a la Tierra Negra...

—¿Es un egiptólogo? —preguntó.

—Sí, pero no un egiptólogo cualquiera, sino uno de los más

famosos de Austria —puntualizó Stukart—. ¡Un catedrático de talla mundial! Dirigió una expedición vienesa en Egipto y en la actualidad es asesor del Museo de Historia del Arte..., bueno, era.

—¿Han asesinado al profesor? —preguntó Leinkirchner.

—Todavía no está del todo claro si ha sido un homicidio, ni tampoco cuándo ni cómo. —Stukart suspiró—. Pero sí, está muerto. Lo encontraron anoche, poco después de cerrar el museo, dentro de un sarcófago en el depósito. Solo esto ya sería lo suficientemente extraño, pero hay algo más.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Leo extrañado—. ¿Insinúa que podría tratarse de un suicidio?

—No lo creo, a no ser que el profesor se hubiera extirpado él mismo los intestinos, después se hubiera sumergido en una solución de natrón y por último se hubiera envuelto con vendas.

El jefe superior Moritz Stukart se reclinó en su tambaleante silla de madera, que chirrió con suavidad como si se abriera una puerta cerrada hacía tiempo, y añadió:

—Señores, lamento informarles de que profesor Alfons Strössner es una momia.

Ya era noche cerrada cuando Julia llegó por fin a su casa, en Neulerchenfeld, en el distrito decimosexto. La luna se alzaba sobre los tejados como una pálida hoz e iluminaba a los noctámbulos habituales en la mayor zona de diversión de Viena. Las prostitutas, llamativamente maquilladas y apoyadas en las farolas de gas, aguardaban la llegada de clientela custodiadas desde lejos por sus chulos, quienes, luciendo afectadas vestimentas, fumaban aburridos delante de las cantinas. Entre ambos grupos se paseaban ramilleteras portando ramos de flores y meneando el trasero. Todo el mundo sabía que también eran

prostitutas, solo que mucho más jóvenes que las otras y todas sin certificado sanitario. Justo en ese momento, dos borrachos salieron de una de las incontables vinaterías de la zona y se acercaron a una de las ramilleteras, una mozuela rubia y delgada con un vestidito desgarrado. Negociaron un precio y desaparecieron con ella por un patio interior.

Asqueada, Julia apartó la mirada. ¡Los hombres se parecían tanto a los animales! Pensó en cómo ella misma, unos años atrás, también había tenido que quitarse la ropa para poder llegar a fin de mes. Se había jurado que su hija nunca pasaría por ese trago y que haría cualquier cosa para que así fuera, incluso fotografiar a víctimas de asesinatos espantosamente mutiladas.

El tranvía tirado por caballos había tardado más de media hora en llegar por culpa del tráfico vespertino. Neulerchenfeld había sido una población independiente situada fuera de los límites de la ciudad, pero desde hacía unos años pertenecía al término municipal de Viena. Los vieneses acudían para divertirse en las numerosas vinaterías o contratar los servicios de *especialistas en lenguas celestiales* o *golondrinas de acera*, como los locales llamaban a sus prostitutas.

Julia llegó a una mansión ajada de estilo Biedermeier, provista de un balcón con el antepecho oxidado y figuras de madera ennegrecidas. Delante de las ventanas colgaban gruesas cortinas de terciopelo rojo. Accionó el tirador del timbre y se abrió una mirilla a la altura de los ojos. En el otro lado apareció un rostro temible. Era un hombre corpulento con nariz de boxeador, cuya boca se retorció al esbozar una sonrisa irónica y hablar con un cerrado acento vienes:

—¿Ya volviste, Julia? ¿Tomaste lindas estampitas? ¿Por qué no me utilizas un día de modelo? Soy un gigoló la mar de mono...

—Me temo que las placas de cristal no aguantarían tu jeta,

Bruno —respondió ella con una sonrisa cansada—. ¿Sisi ya está dormida?

—Como un angelito. Le he cantado un poco.

El hombre abrió la puerta y la dejó entrar. Era un gigantón de casi dos metros de altura y frente angulosa, como tallada en una roca. A Julia le costaba imaginar a ese monstruo tarareando canciones de cuna a su hija. Bruno era uno de los pocos hombres que Sisi conocía de cerca. Él y Leo. Bien mirado, el temible gigantón trataba a la pequeña con más cariño que Leo. Sisi nunca se cansaba de jugar al *arre, caballito* sobre las faldas de Bruno.

Después de saludar amistosamente a Bruno con la cabeza, Julia atravesó un pasillo cubierto de alfombras mullidas. Como siempre, olía a almizcle y perfume pesado, y en las habitaciones se oían suspiros, chillidos, gemidos y risas, el bullicio habitual de cada noche. Una escalera con los peldaños desgastados y cubierta de alfombras conducía a los distintos pisos de la casa. Julia se detuvo en el primero, delante de la puerta con el número doce, y la abrió sin hacer ruido. Una sonrisa iluminó su rostro.

Allí, en una amplia cama con dosel, entre mantas de felpa y gruesas almohadas de plumas, a los pies de un cuadro de un fauno en plena cópula y generosamente dotado, dormía feliz su hija de tres años. Tenía el pulgar en la boca y estaba enroscada como un gato. Julia se acercó a la cama y arropó a Sisi con mucho cuidado, para no despertarla. Una vez más, olvidó que la pequeña no oiría nada por mucho ruido que hiciera. Era sordomuda de nacimiento. Lo habían intentado todo: curas hídricas, velas óticas y otros remedios tan costosos como oscuros... Las terapias y las medicinas consumían el escaso sueldo de Julia más rápido de lo que tardaba en ganarlo. Sisi fue concebida como resultado de una violación sufrida sobre una mugrienta mesa de cocina en la casa de un antiguo patrón, pero aquel episodio no impedía que Julia amara a su hija por encima de todo.

«Más de lo que jamás podría amar a un hombre —pensó absorta por completo en el rostro angelical de su hija—, por mucho que Leo también me ponga esos ojitos...»

—Llegas tarde, jovencita. Estaba empezando a preocuparme.

Julia se dio la vuelta y vio a la Gorda Elli plantada en el hueco de la puerta con los brazos cruzados. La dueña del prostíbulo intentaba poner cara de enfado, pero no lo conseguía. Unas túnicas de tafetán rojo rodeaban su voluminoso cuerpo, que a Julia siempre le recordaba al de una valquiria wagneriana. Solo su fino rostro, casi como el de una muñeca, recordaba a la mujer bella que debió de haber sido en otro tiempo.

—¿Qué ha sido esta vez? —insistió Elli—. ¿Algún tipejo se ha colgado del pescuezo o se ha tirado de un puente? ¿O quizá un tranvía lo ha hecho añicos?

Julia suspiró.

—No quieras saberlo, Elli.

—¡Esto tiene que terminar! —exclamó Elli mirando fijamente a Julia y levantando su regordete dedo índice—. Cada vez estás más delgada y por la noche te oigo gritar en sueños. ¡No es un trabajo adecuado para una mujer! Tantos cadáveres, día sí y día también...

—Y abrirse de piernas para todos esos panolis inútiles, ¿eso es una profesión? —replicó Julia en un tono de voz inesperadamente severo—. Acabo de ver cómo dos tipos se llevaban a otra menor. ¡Ni siquiera tendría catorce años!

—Eso es ilegal. Bruno saldrá ahora mismo y se ocupará de esos tipejos.

—Después de esos vendrán otros —protestó Julia negando con la cabeza. Los berridos de los borrachos llegaban desde la calle—. Es un no parar.

Julia llevaba más de tres años viviendo en el burdel Dragón Azul. La Gorda Elli le había ofrecido cobijo cuando la vio emba-

razada junto a la entrada. Elli habría preferido utilizarla como cortesana de lujo, pero Julia se negó. A pesar de ello, la madama y las otras prostitutas cuidaban de Sisi gratuitamente cuando Julia se ausentaba. Aquellas mujeres maquilladas y ligeras de ropa eran en la práctica unas tías para la pequeña.

«Unas tías muy ligeras de ropa», pensó Julia.

—¿Ha llamado Leo? —preguntó a Elli—. Hoy habíamos quedado.

Su amiga negó con la cabeza y Julia, decepcionada, guardó silencio.

—Atiende —dijo Elli, y tomó asiento a los pies de la cama, que chirrió amenazadoramente. Golpeando la manta con sus dedos aporretados, indicó a Julia que se sentara a su lado—. Los hombres se creen dioses, pero en el fondo solo son unos pobres diablos. Podemos hacer con ellos lo que nos dé la gana, ¡son así de imbéciles! Parpadea y guñales el ojo, y ellos se tirarán de un puente o se lanzarán a las vías del tren por ti.

—Pero yo no quiero a un hombre así —dijo Julia sonriendo con melancolía.

—Ya sé a quién quieres. Pero también sabes lo que pienso al respecto: ¡que le den!

La Gorda Elli nunca había disimulado su oposición a la relación con Leo. Llevaban medio año saliendo, pero nadie en la Jefatura de Policía debía saberlo. Elli prosiguió su discurso con un tono más severo:

—¡Leo es un niño malcriado! Conozco a más de uno como él. No te involucres demasiado, solo te causará sufrimiento. No eres de los suyos, tu lugar está aquí, en Lerchenfeld. Y ahora te ha vuelto a dejar plantada, ¿verdad? ¿Cuándo vas a darte cuenta, jovencita?

Julia se levantó

—Tengo que ir a trabajar, Elli...

—Ya te acordarás de lo que te he dicho cuando él te mande a freír espárragos... —Sonó el teléfono en la planta baja y Elli alzó la mirada al cielo—. Maldito aparato. No tendría que haberlo puesto nunca. Es más pesado que cualquiera de mis clientes...

Elli se alejó arrastrando los pies. Julia dio a su hija dormida otro dulce beso y le acarició con suavidad la mejilla.

«Qué cosa más bonita —pensó—, bonita y vulnerable.»

Salió de nuevo al pasillo con el maletín de la cámara a cuestas. En realidad, había previsto revelar las fotografías al día siguiente, Domingo de Pentecostés, pero como Leo no se había presentado, decidió que ese era un buen momento. Así ya lo tendría hecho.

Subió las escaleras hasta el último piso y pasó por delante de las habitaciones donde las empleadas de Elli se ganaban ruidosamente el pan de cada noche. La jornada laboral acababa de empezar. Por un momento, después de escuchar los gritos de arrebató, los suspiros fingidos y los jadeos y gruñidos masculinos, Julia se alegró de que Sisi fuera sorda.

En el cuarto piso, una escalera conducía a la buhardilla. Julia subió arrastrando el maletín sobre los peldaños y entró por último en sus dominios. Allí arriba, entre baúles de lencería erótica, almohadas de seda apolilladas, botas de cuero de caña larga y máscaras en desuso, la joven había instalado su laboratorio de revelado. De las podridas y decrepitas vigas de la cubierta colgaban látigos y demás instrumental que los hombres utilizaban para torturarse a sí mismos o a las mujeres. La única ventana, pequeña, polvorienta y llena de telarañas, estaba tapada con una gruesa cortina para que ni siquiera la luz de la luna pudiera colarse. Julia encendió una lamparilla de gas provista de una pantalla roja y echó un vistazo a su laboratorio.

Había tres cubetas de hojalata para verter en ellas distintos

fluidos y unos bastidores de madera que servían para colgar y secar las placas fotográficas. Impasible, Julia se puso manos a la obra. Vertió líquido revelador y líquido fijador en las cubetas y extrajo de la cámara el cartucho con las placas de vidrio expuestas. Leo le había explicado el proceso minuciosamente y ella había sido una buena aprendiz. Mientras sumergía las placas en la primera cubeta, volvió a pensar en él y recordó lo que la Gorda Elli le acababa de decir.

«No eres de los suyos. Tu lugar está aquí, en Lerchenfeld...»

Leo le había regalado la cámara y comprado el laboratorio de revelado. También había sido él quien le había conseguido el puesto de fotógrafa forense después de haber trabajado como telefonista en la Jefatura de Policía. Siempre había sido muy generoso con ella, en parte porque podía permitírselo. Leo percibía periódicamente una paga de su madre desde Graz, vestía con trajes elegantes y le gustaba llevar a Julia a comer a restaurantes buenos y caros. En dos ocasiones la había invitado a la ópera en el Ring, para lo cual ella había tomado prestado del burdel un bonito vestido. Durante su infancia en la región del Innviertel, el menú de Julia consistió básicamente en puré de avena y patatas hervidas por la noche, y en un esporádico y raquítico pollo para la sopa de nabos algún que otro domingo. La única ópera que conocían sus padres era *La flauta mágica*, y solo porque el organillero la representaba con marionetas en la plaza del pueblo. Leo, en cambio, conocía el libreto de Mozart en italiano y sabía cómo combinar los vinos con las carnes y los chaqués con las corbatas.

«No eres de los suyos...»

Julia suspiró. Puede que Elli tuviera razón y que Leo y ella no hicieran buena pareja. ¿Eran siquiera una pareja? Dormían juntos, salían de vez en cuando, bailaban, se divertían, iban de excursión los domingos... Pero, con todo, Julia echaba de menos

poder confiar en él, saber que siempre estaría cuando lo necesitara. Y ahora la había vuelto a dejar plantada, como tantas otras veces en los últimos tiempos...

Se había quedado tan absorta en sus pensamientos que casi se olvidó de sacar las imágenes del líquido revelador. Por poco echa a perder todo el trabajo, y eso le habría causado un enorme problema el lunes en la Jefatura.

Julia sacó deprisa las placas de la cubeta de revelado y las sumergió, primero, en el líquido fijador y, después, en agua. Ya lo había hecho muchas veces, pero todavía le fascinaba ver cómo las imágenes aparecían de pronto en las placas sumergidas en el fluido, como si fueran tesoros hundidos que emergen de repente del fondo del mar. Le había gustado ese trabajo desde el primer momento en que vio a Leo hacerlo. Julia soñaba con que un día le dejarían fotografiar a personas vivas y no solo a cadáveres. Elli tenía razón: a menudo dormía mal después de pasar noches enteras en la buhardilla. Cuerpos descuartizados, apuñalados, mutilados, atropellados o acribillados la perseguían en sueños.

Julia estaba segura de que esa noche también la acecharía el joven al que le habían cortado el escroto.

Colocó las placas en el bastidor de madera para que se secaran, encendió otra lámpara y analizó detenidamente cada una de las fotografías. Primero, la imagen tomada con gran angular en la que también aparecía el inspector Erich Loibl medio recortado; después, el caos en el cobertizo y, al final, los primeros planos. Las espantosas heridas, el color negro de la sangre, el rostro maquillado del joven, la mirada petrificada... Había algo que inquietaba a Julia, algo que no era como se suponía que debía ser, pero ¿qué era?

Julia encendió un cigarrillo a pesar de ser consciente del peligro que entrañaba fumar en la buhardilla, y más aún en presencia de líquidos inflamables. El humo se elevó y se extendió

entre las vigas del techo y las tejas. Una vez más, analizó cada fotografía por separado.

«¿Qué es?»

Finalmente se dio por vencida. Apagó el cigarrillo en una vieja lata, volvió a meter las placas en el maletín y bajó la escalera. Se tumbó junto a Sisi e intentó conciliar el sueño, incluso sin Leo. A veces, los problemas se resolvían durmiendo.

Pero, en la cama y con los ojos cerrados, Julia vio al joven maquillado y asesinado de forma tan terrible.

Parecía que le estaba hablando a voces, pero no entendía lo que le decía.